***Por el cielo de los perros, va mi perro cojo con su muleta de plata***

***Autor: Manuel Benítez Carrasco.***

**Junto al cielo de los perros, un cielo lleno de acacias, y de niños y de madres y de cantos y de hadas.**

**Pero había un niño triste, cara de ausencia y nostalgia, siempre solo  siempre serio, a punto siempre de lágrimas. Un niño con una mano, inútil, seca sin alma. Ay que infierno diminuto era aquella mano lacia.**

**Y desde su cielo el niño, siempre asomado a la tapia, miraba a mi perro cojo con una triste mirada: miraba a mi pero cojo y al mirarlo recordaba . . .**

**Un día en una placeta, un perro de pobre casta, una apuesta de buen tino, un silbido una pedrada . . .  y un aullido que se aleja . . .   y el perro, rota una pata.**

**¡ Que frío remordimiento sentía en su mano lacia!**

**Y mientras tanto en su cielo, mi perro jugueteaba, con un angelillo cojo, que era el ángel de su guarda.**

**Hasta que un día, jugando, llegaron hasta la tapia, donde estaba el niño triste a punto siempre de lágrimas.**

**Dejó de jugar mi perro con el ángel de su guarda: se quedó quieto un momento, las orejas levantadas, luego afianzó la muleta se apoyó sobre la tapia, y miró al niño, con una larga y antigua mirada. Y el perro mirando al niño, recordaba . . .  recordaba . . .**

**Un día en una placeta, sed y hambre de semanas, un niño la mano en alto, un silbido , una pedrada y un golpe en su pata y sangre, sangre ya en su inútil pata.**

**El niño por un instante, miedo y mas miedo la cara, fría la carne y dudando, si aquella fija mirada, era olvido era perdón, o acusación o amenaza. Quedó inmóvil esperando, ladridos y dentelladas.**

**Pero los perros no saben de rencores ni venganzas. Por eso mi perro cojo, olvidando la pedrada, se echó atrás, tomó carrera, salvó de un salto la tapia, y agachando las orejas, y amansando la mirada y multiplicando mimos y abanicando palabras, con los ojos, con los dientes, con el rabo, con las patas, empezó a lamer la mano, inútil, seca, sin alma.**

**La lengua del perro fue para aquella mano lacia, como un reguero de vida, como un reguero de savia. Y el niño sintió, que gozo, que en la mano le brotaba, como un arroyo de vida, como un arroyo de savia y que los tendones muertos de pronto resucitaban.**

**Satisfecho del milagro, rabo alegre, orejas gachas, regresó el perro a su cielo, pura cojera de gracia.**

**El niño le dijo adiós. Y al despedirlo lloraba, abanicando en el aire, la mano resucitada.**

**Y el perro le dijo adiós, con la muleta de plata.**